

**Identidades sexuales móviles:
El derecho a estar *siendo* o la posibilidad
emocional, teórica y experiencial de comprender las
masculinidades en las Minorías Sexuales**

Manuel Antonio Velandia Mora
Fundación Apoyémonos

*Las distintas anatomías de los cuerpos femenino y masculino no
bastan como referencias para registrar las diferencias entre hombres y
mujeres ni para explicar los procesos de construcción identitaria.*

Marta Lamas

Orígenes de la propuesta teórica

La propuesta de construcción teórica que se presenta a continuación se basa primero, en la experiencia investigativa y terapéutica del autor en los programas que realiza desde 1992 para la Fundación Apoyémonos y su proyecto Equiláteros, orientada a personas cuyas identidades sexuales transgreden los modelos culturales y de relación social; y en segunda instancia, en la “caracterización de travestis laborando como trabajadoras sexuales en el barrio Santa Fe, en Bogotá”, proyecto realizado conjuntamente con la Fundación Procrear y Cotransgénero.

En todas las sociedades la avasalladora fuerza de la sexualidad, de la pulsión sexual, es celebrada, temida, reglamentada y simbolizada. Cada sociedad establece una distinción entre lo que considera “normal”, aceptado como sexualidad sana, y lo que considera “anormal”, conceptualizado como sexualidad enferma o problemática. Pero al revisar transhistórica y transculturalmente a todas las sociedades humanas, encontramos que cierta práctica sexual es respetada en unas culturas y en otras es repudiada. De forma sutil e insidiosa, la cultura inviste al acto sexual de cierto significado: valora o denigra algunas conductas. Cuando una sociedad condena determinados tipos de comportamiento, los obliga a llevar una vida subterránea o una existencia clandestina. (Lamas, 1996: 53)

El *deber ser* de la sexualidad no incluye a las personas consideradas marginales por razón de su sexualidad, en especial a quienes vivencian y construyen relatos sobre su cuerpo, la percepción de sí mismas y sus relaciones con una singularidad específica. Las experiencias de ciertas personas para vivir su masculinidad como las de algunos homosexuales, lesbianas y travestis¹ trabajadoras sexuales, en el vivenciar, emocionar y explicar el cuerpo, trascienden las construcciones teóricas de los sexólogos y especialistas que pretenden interpretar sus sexualidades e identidades.

1 Las personas investigadas en el proyecto “Caracterización de travestis trabajadoras sexuales laborando en la localidad de los Mártires, barrio Santa Fe en Bogotá, Colombia” quienes son fuente experiencial para este documento, se denominan a sí mismas travestis y no usan la acepción transgénero que suele ser utilizada por algunos teóricos de la sexualidad; tampoco utilizan la acepción transvestis porque consideran que “*las que se llaman así son las que hacen algo similar pero que viven en los Estados Unidos*”.

Es posible conocer la discriminación al examinar cómo las minorías sexuales (MS) construyen su identidad. Recorro a nuevos paradigmas ontológicos y epistemológicos: teorías de sistemas y de las emociones, como motores de la acción humana, para hacer una lectura diferente de la construcción de la identidad.

Las vivencias de las MS evidencian que las formas habituales de entender la identidad de una persona, con respecto a su género y a su sexo, desde un esquema fijo y lineal mecánicamente predeterminado, no dan respuesta a este orden que parece opuesto y trasgresor de lo prescrito en materia sexual. De ahí que se haga necesario (en el caso de personas con variaciones al modelo heterosexual, masculino, falocrático) el desarrollo de elementos conceptuales que permitan entender identidades experimentadas en formas más complejas, que a su vez posibiliten acoger variaciones en las construcciones y manifestaciones sexuales.

Modelos en la construcción de la identidad

La identidad ha sido estudiada y explicada desde diversos modelos. A continuación hago referencia a algunos de ellos y demuestro cómo las identidades sexuales, que suelen considerarse fijas, pueden y deben entenderse como móviles. Pretendo además, aproximarme al estudio de las masculinidades, en especial a las de estas travestis.

Modelo cultural

Según el concepto trabajado por Wade (2002) la identidad se entiende como *“la idea y la sensación de seguir siendo lo mismo a través del tiempo”*. Para dicho autor, *“en el mundo postmoderno los seres construyen identidades efímeras con los retazos*

culturales que encuentran en sus andares”. En el diccionario de uso del español de Moliner (1983), identidad es “*la cualidad de idéntico, la relación entre cosas idénticas y la circunstancia de ser efectivamente la persona que se dice ser*”. En el Diccionario ideológico Vox (1998), la identidad se comprende como el “*hecho de ser una persona o cosa la misma que se supone o se busca*”.

Las ideas expresadas en Moliner, “relación”, y en el diccionario Vox, “que se busca”, conducen a la aceptación de la movilidad como una característica de la identidad. Para Moliner, dicha movilidad se expresa en el énfasis que da a “*la circunstancia de ser lo que se dice ser*”. El concepto *circunstancia* hace referencia a un “accidente de tiempo, lugar, modo, etc., que está unido a la sustancia de algún hecho o dicho”; el concepto de *accidente* hace referencia a ese “algo que no es permanente sino algo que sucede ocasionalmente”. Tanto lo expresado por Moliner, “lo que se dice ser”, como la definición en Vox, “lo que se busca”, puede relacionarse directamente con lo “efímero” de la identidad que aparece en el concepto expuesto por Wade.

Conforme a Wade (2002), la identidad “*esconde en su interior una complejidad múltiple*”; dicha complejidad puede comprenderse si logramos entender que la construcción de la identidad remite a un triple ámbito relacional: al contexto, a lo situacional y a la relación consigo mismo/a.

Modelo contextual

La identidad se explicó durante mucho tiempo desde la concepción clásica, como algo inmutable, eterno y atemporal. En esta concepción se asume que identidad y ser son lo mismo.

Según F. Barth (1969, citado por Agier 2000), los procesos identitarios no existen fuera de contexto, se realizan a partir de retos precisos que están en juego y pueden ser verificados a nivel local. Los retos son parte de la identidad y son fundamento de redes. La identidad es lo que se pone en relación. Para M. Augé (1994, citado por Agier 2000),

la aproximación contextual implica, una concepción relacional de la identidad ya que el punto de partida de la búsqueda identitaria consiste en que siempre se es el otro de alguien, y en la medida en que dicha identidad emana de la relación con los otros, problematiza y termina por transformar la cultura [...] La cuestión identitaria se convierte en un problema de ajuste, a la vez social, en su definición e individual en su experiencia [...] La identidad remite a un afuera, a un antes y a los otros.

Identidad desde el modelo sistémico

El organismo es un ser organizado y autoorganizador. Kant es el primero en usar el concepto de *autoorganización* para definir la naturaleza de los organismos vivos. Para Riera (2001), “*La ciencia clásica privilegiaba el orden, el determinismo, la regularidad, la legalidad, la estabilidad y previsibilidad de la naturaleza*”. Su aspiración era descubrir lo inmutable, lo permanente, más allá de las apariencias del cambio. Las leyes universales de la dinámica clásica fueron conservadoras, reversibles y deterministas. La definición de un estado del sistema y el conocimiento de la ley que rige la evolución, permitían deducir, con la certeza y la precisión de un razonamiento lógico, la totalidad tanto de su pasado como de su futuro.

Esto explica por qué, desde las epistemologías convencionales o positivistas, se ve el mundo de manera lineal y se asume la identidad aferrada a una voluntad predeterminada y fija. Hoy se sabe que las trayectorias que parecen tan reales son idealizaciones: el mundo reversible no es un caso extraño y particular de la realidad. En un mundo determinista, la irreversibilidad y lo móvil no tendrían sentido, ya que el mundo del mañana estaría contenido en el mundo de hoy. Con la termodinámica surge un desafío a la física clásica; en su segunda ley, se hace la clara diferencia entre procesos reversibles e irreversibles.

Al definir la entropía se da un paso importante para comprender la irreversibilidad. La entropía se explica como la tendencia natural de un sistema a entrar en un proceso de desorden interno. Este término, tomado por Shanon de la termodinámica, es empleado a veces como sinónimo de incertidumbre. La entropía expresa el carácter aleatorio y por tanto imprevisible de los movimientos de las moléculas de gas; como la incertidumbre, refiere al carácter aleatorio y, en consecuencia, imprevisible, de las señales del mensaje (Lemperur y Thiers, 1975).

Con la entropía, se introducen el tiempo y la historia en un universo que la física clásica había descrito como eterno, se hace posible la temporalidad. Durante siglos, muchos científicos asumieron, a partir de las leyes fundamentales de la física, que el proceso de evolución biológica era una rara excepción. Hoy, en cambio, se sabe que los sistemas abiertos, como lo es el humano, intercambian materia y energía con los seres que están en sus alrededores, es decir con el mundo exterior (Prigogine, 1996).

Con este análisis no se pretende proponer un modelo que explique la identidad basado en la física, sino advertir, cómo con conceptos del modelo sistémico se puede explicar la construcción de la identidad.

Todo sistema abierto recibe, transforma y da energía, en consecuencia, toda persona está en permanente movimiento y, por tanto, en constante cambio. Esto nos lleva a concluir que toda persona no es un ser terminado sino uno en permanente desarrollo, un ser dinámico que *está siendo* en cada momento, en el encuentro con el otro o la otra, en una cultura y sociedad. Cada ser humano se reconoce en lo cotidiano, en el tiempo y el espacio, a partir de las vinculaciones que establece en razón de su ser ecosistémico.

En ese constante *estar siendo* hay algo que es fundamental: lo que se ha vivido. Se es histórico. Cada situación que se experimenta tiene como fuente lo vivido y lo trascendido. Aún cuando en esencia se está siendo el/la misma, se ha generado una serie de cambios que transforman la identidad. Todo cambio es viable a partir de los aprendizajes, experiencias y emociones vivenciados previamente; por tal razón, la identidad está en permanente transformación. Las reflexiones de las personas se relacionan con sus experiencias de estar siendo, en este caso, travesti, que vinculan, necesariamente, su vivencia del cuerpo, el vestido, el lenguaje o las relaciones con los demás. Es decir, se trata de una identidad dinámica y relacional. La identidad no es algo cuya construcción ha terminado, al contrario, se edifica en relación consigo mismo, con los demás y con la cultura.

Recalcando el concepto de movilidad y la idea de que el ser se construye en la cultura, a partir de la dinámica pro-

pia de los sistemas, la identidad puede definirse como las ideas y las sensación móviles que tiene el ser humano, en una sociedad y tiempo concretos, de ser lo que busca ser, en relación con la cultura, con otros seres en su entorno y consigo mismo/a, y de seguir siéndolo en el transcurso del tiempo.

Esta definición explicaría, por un lado, que la identidad es la emergencia de una construcción, no siempre consciente, que afecta los procesos de socialización del sujeto; y por el otro, que a través de la educación (formal y no formal) se brinda a la personas los referentes de un “deber ser” de la identidad, basados en la cultura, cuya asunción hace posible en algunos casos la perpetuación de la cultura, y en otros, la transformación de ésta.

Una de las propiedades de los sistemas vivos es su contextualidad. Para la comprensión de estos sistemas se debe pasar de entender sus elementos de manera simplificada, aislados y desligados unos de otros, a percibirlos como productos, productores y transformadores de los contextos en los que están inmersos y por tal razón de la cultura. Los sistemas no pueden ser comprendidos por un método que aisle, desligue, simplifique y busque causas únicas, por cuanto éstos existen en una compleja trama de interrelaciones que los determinan. En el caso de los sistemas vivos existen gracias a esas relaciones con el medio, a las que se ha denominado acoplamiento estructural con el medio. Entonces, la identidad deber ser entendida contextualmente, y quien desee comprenderla, debe reconocer que su explicación está influenciada por su propio contexto, como también por aquello que está en capacidad de observar o distinguir.

Wade (2002) considera que las identidades se establecen por medio de repetidos actos de representación, de identificación, y que las diferencias que construyen la identidad tienen que ser marcadas, observadas e indicadas por los sujetos en su vida cotidiana. En consecuencia, la identidad se vuelve a establecer o a reforzar con cada identificación.

La cultura y la sociedad fabrican las ideas de aquello que la persona “deber ser” para reproducir el orden social y desde ese patrón de oposición binaria, toman forma en las personas las prácticas, ideas, discursos y representaciones sociales por las que son reconocidas o estigmatizadas. En la aproximación contextual, el sujeto debe pensarse a sí mismo a partir de la mirada externa (Agier, 2000). El sujeto construye para sí, a partir de lo que le han dicho o ha entendido que “deber ser”, una identidad, una manera de comprenderse, un “querer ser”. Este “querer ser” siempre tendrá como referente el “deber ser”, para aceptarlo o negarlo, parcial o totalmente.

En trabajos anteriores (Velandia, 1999), he propuesto que el proceso de construcción del *querer ser* implica una ruptura entendida como una toma de posición frente al *deber ser*. En consecuencia, cada persona se construye con base en el “*deber ser*” pero, y en especial, teniendo como referente sus propias vivencias y sentimientos, es decir, a partir de la conciencia de su *querer ser*, de lo que considera que quiere, desea y necesita para sí. *El querer ser* prima sobre el *deber ser* en la medida en que reafirma las diversas identidades sexuales.

Los/las seres humanos en su proceso individual de *querer ser*, pueden reelaborar el deseo y redireccionarlo. Incluso, una vez han vivenciado un deseo, pueden pensar en el reco-

nocimiento de otro y dar continuidad a su proceso de construcción de identidad. Por ejemplo, algunas personas en la comunidad consideran que ciertas prácticas no son adecuadas o pueden ser antinaturales o anormales; para ello aceptan o niegan dicha valoración, de acuerdo a lo que han decidido que quieren para sí. La persona tiene de sí y para sí una *identidad particular* que se fundamenta en su *querer ser*.

Las personas son reconocidas en una identidad que es construida e identificada desde afuera a partir del *deber ser*, dicho de otra manera, una persona tiene tantas identidades sociales como personas pretenden identificarla.

Las personas, especialmente quienes hacen parte de las MS no viven el *deber ser* en sus procesos de socialización, como tampoco su *querer ser*, dado que las representaciones sociales y culturales, además del cruce de miradas (familiares, escolares, eclesiales), afectan su propia construcción y sus procesos de socialización. Como respuesta al acoplamiento estructural con el medio, la persona se traiciona a sí misma en sus interrelaciones, traiciona su *querer ser* por efecto de la presión social y de acuerdo con sus propias necesidades de hacerse visible o invisible. De la misma manera, asume una identidad que se moviliza de acuerdo al tipo de relaciones sociales relativas a una cultura y sociedad específicas. La identidad es móvil porque *está siendo* ecosistémica y culturalmente, puede entenderse como la mezcla entre aquello que *se espera que sean* las personas y lo que ellas mismas *desean ser*; composición y experiencia que se denomina *identidad de socialización*.

El *estar siendo* es el producto de las relaciones simbólicas entre el *deber ser* y el *querer ser* o más concretamente entre la cultu-

ra la sociedad y aquello que la persona identifica de sí misma. Las diversas identidades son el efecto de la representación particular del mundo y del sí mismo, es decir, lo individual.

Travestis, género y contextualidad

La construcción del género en las travestis es muy peculiar. Ellas transgreden el sistema de género, tanto en lo particular como en lo colectivo. En ellas, la lógica del género se construye inicialmente desde el *deber ser*, a partir de la asignación sexual que han hecho los padres y madres, con base en las diferencias anatómicas y sexuales que distingue la sociedad. La identidad que la sociedad ha asignado inicialmente a quienes ahora “están siendo” travestis, es la masculina, considerada “natural” para los hombres.

El tránsito identitario ocurre con el cambio en la imagen corporal y con la aparición de comportamientos considerados “amanerados”. Para las travestis los significados culturales de la diferencia anatómica tienen un efecto que las moviliza en su identidad y las aproxima a su *querer ser*, apropiándose de éste.

Las travestis transitan de lo masculino a lo femenino, en la medida que van asumiendo pequeños cambios con los que se van transformando físicamente, mostrando emociones y comportamientos propios de “las mujeres”. Desde muy jóvenes, las travestis suelen, a escondidas de sus padres y madres, vestir prendas consideradas femeninas, dejarse crecer el pelo y depilarse las axilas. El “comportarse como niñas” y asumirse como tales, deviene en violencias ejercidas al interior de la familia y de su ámbito social.

El tránsito se reafirma en la socialización, a partir de la emoción que produce el “reconocimiento” que dichos hechos generan en las demás personas. Aún cuando es evidente que este “reconocimiento” produce exclusión, y en algunos casos separación social, escolar y familiar, es a su vez un espacio contextual de reafirmación identitaria que transforma a las travestis en aquello que *quieren ser*.

Con el paso del tiempo travestis y algunos homosexuales, al hacerse femeninas en su comportamiento y vestir, se forjan más delicadas, marcando en su actuar manierismos considerados propios de las mujeres, exagerando cada vez más el “performance” de su feminidad, buscando, para el caso de las travestis, una hiperfeminización que consideran atrae a los hombres y genera rechazo en las mujeres.

Para las travestis el contexto es determinante. La exclusión social las lleva a hacerse amigas de otras travestis y a visitarlas en su lugar de vivienda, generalmente ubicado en las inmediaciones del lugar donde ejercen, en la mayoría de los casos, el trabajo sexual. Allí se encuentran con otras que han asumido de forma permanente el vestido y los accesorios considerados propios de las mujeres. Esto las estimula a “ser ellas mismas”, a seguir como patrón de comportamiento su *querer ser*, a abandonar el entorno familiar y a pensar en el trabajo sexual como la actividad laboral de la que dependerán económicamente por un tiempo. Sin embargo, no sólo las travestis tienen tránsitos identitarios relacionados con la indumentaria, algunos homosexuales y lesbianas asumen cambios en el vestido, razón por la que se consolidan en su *querer ser* y a la vez son discriminados socialmente.

Modelo constructivista, travestismo e identidad

El enfoque constructivista hace énfasis en lo situacional de la identidad. Como afirmé anteriormente, las identidades no son sólo particulares, son también sociales. Barth, citado por Agier, considera que la realidad se construye por medio de las representaciones de los actores, construcción subjetiva que hace parte de la realidad que el observador debe tener en cuenta (Agier, 2000). Los actores en la observación, en este caso, son tanto las travestis como las personas que se encuentran en su ámbito de dominio espacial y afectivo.

La movilidad de la identidad también la da su condición situacional. Para Mitchell (citado por Agier, 2000): *“el granero cultural se construye y utiliza según las selecciones situacionales, lo que puede hacer que sus componentes se vuelvan diversos y contradictorios”*. La identidad remite a una situación espacial (aquí) y temporal (ahora) a lo que sucede en la persona y en su relación con las demás. La representación puede contemplarse desde dos ámbitos diferentes: el social y el individual. La vivencia personal de la temporalidad y especialidad determinan una forma particular de asumir el mundo, a la que llamaremos identidad (haciendo énfasis en la función histórica del constructo). Los sistemas sociales no se producen en el vacío, aislados completamente de otros fenómenos; por el contrario, tienen un entorno, es decir, están imbricados en fenómenos sociales y culturales.

Las travestis, en su búsqueda de feminidad, asumen un ideal, generalmente el de una actriz o modelo públicamente reconocida. Sus representaciones cambian en el tiempo y a medida que transcurre la vida de aquella persona a quien

pretenden imitar; por dicha razón, su “*querer ser*” es igualmente móvil. La construcción de la identidad tiene un paso significativo para las travestis, el momento en que “se lanzan al estrellato”, el momento en que deciden salir a la calle vestidas y maquilladas como mujeres. Este “bautizo” se hace con la complicidad de ciertos amigos y se da en promedio hacia los quince años.

El mundo es relacional y los seres humanos poseen identidad en virtud del tipo de relaciones que establecen con su medio y de las propias e inherentes particularidades que les permite distinguirse de los demás.

Corporalidad

Las travestis desarrollan un proceso mucho más significativo que los cambios hacia lo femenino en el vestido, los accesorios o el maquillaje; este proceso consiste en una intervención del cuerpo, que cambia generalmente en sus volúmenes y, a veces, en su estructura. Ellas suelen inyectarse aceites de origen vegetal y utilizar hormonas para cambiar las formas de sus caderas, pecho y en contadas ocasiones tobillos, pantorrillas y muslos. En pocas oportunidades cambian su estructura ósea, cuando lo hacen, se transforman por medio de una intervención quirúrgica, quitándose las costillas falsas para obtener una cintura de menor tamaño o cambiando la forma de sus pómulos y quijada. Esto se hace porque “al quitarse la ropa y los trucos aparece el macho” situación que las afecta emocional y económicamente cuando trabajan en el mercado sexual, pues les significa menos clientes. No sólo las travestis intervienen su cuerpo, algunos hombres homosexuales pasan por un proceso de “machificación” de sus formas

anatómicas, ya sea por medio del ejercicio físico o por efecto de procesos quirúrgicos estéticos.

Las demás personas que parecen no hacer parte del proceso de relación interpersonal o grupal, participan en él activamente, no sólo como parte del entorno en el que se realiza el encuentro, sino porque sus construcciones subjetivas -modeladas al aportar y recibir emociones, conocimientos y experiencias- generan otras representaciones identitarias. Estas representaciones pueden ser de tres tipos: las sociales (lenguaje y significado “oficial”), las particulares (significado que tiene para cada persona ya sea quien identifica al otro o quien se identifica a sí mismo) y las de socialización, que surgen en el proceso de intercambio social.

El entorno, y las situaciones en que las personas interactúan, influye en el tipo de construcciones identitarias que producen. Sin embargo, debe evidenciarse que el ser humano, a diferencia de los otros seres vivos, además de actuar en congruencia con el medio y la sociedad (contexto) a partir de sus representaciones (lo situacional), debe actuar en congruencia consigo mismo.

Todo conocimiento es una representación de la realidad, de ahí que la epistemología constructivista plantee que el conocimiento se hace posible al percibir, distinguir y significar la realidad. En el ser humano la cognición opera en tres dimensiones: la persona conoce algo en la medida que lo distingue, lo percibe y lo significa como algo. Ese algo que se conoce, se constituye en la base de la emergencia de otras nuevas percepciones, distinciones y significaciones. Cada persona, por su historia particular, ha venido configurando un

sistema cognitivo que la lleva a percibir, distinguir y significar de manera distinta y única, de ahí su necesidad de actuar en congruencia consigo misma y a partir de esa realidad que ha construido para sí.

Aunque aparentemente quienes conversan se encuentran en un cierto contexto relacional, éste y lo que ocurre en cada uno/a de las interlocutoras tienen un fondo particular e invisible de intenciones, inquietudes, intereses, emociones, significados y sentidos, de tal manera que la conversación «es una danza de icebergs»: lo que ocurre en la estructura de cada bailarín(a) está oculto a su pareja de baile. Cada una está percibiendo lo que sus perceptores le permiten del(a) otra, del medio en que se encuentra y de sí mismo.

Identidad, realidad y conocimiento

La realidad y el conocimiento se conciben como un sistema de relaciones. Las distintas realidades se construyen en la medida en que los sistemas observadores distinguen características y elementos en el medio externo, es decir, en tanto diferencian una cosa de otra y crean contrastes y oposiciones en la realidad. En esta perspectiva, la realidad que se percibe y significa es una construcción que se hace a partir de los esquemas propios de distinción que maneja el ser humano como observador y no de una entidad objetiva y absoluta que se puede aprehender mediante los sentidos (empirismo) o la razón (racionalismo).

En lo humano, vivir es conocer. Como seres vivos tenemos una relación de congruencia con el medio y su fin es mantener la vida. Para poder vivir se requiere tomar energía del entorno, es decir, conocerlo. Conocer, en este caso, hace refe-

rencia a la capacidad de la travesti de percibir su entorno y actuar de acuerdo a su percepción. Así, el conocimiento se hace válido cuando sirve para resolver la relación medio-sobrevivencia.

La persona que hace parte de una MS no siempre percibe cuándo los estímulos, producidos por el medio, potencian en ella algún cambio estructural y mucho menos se da cuenta de que se están produciendo dichos cambios. Es posible que las travestis no estén reconociendo dichos estímulos porque no los perciben como tales, aunque estén siendo afectadas por ellos. Una prueba de estos estímulos se da cuando por ejemplo las travestis observan los efectos de las hormonas en el cuerpo de una de sus compañeras; no obstante no logran percibir que el hecho estimula su propia transformación.

El ser humano sólo percibe aquello que puede distinguir. Lo hace con sus sentidos, al igual que los otros seres vivos, pero también con sus sistemas de percepción teóricos, experienciales y emocionales. Actuar en congruencia con el medio, consigo mismo y con la sociedad, no se hace únicamente por medio de procesos racionales, sino también desde lógicas construidas de acuerdo con las historias emocionales.

La necesidad de actuar en congruencia consigo mismas confronta a las travestis, las lesbianas, los bisexuales y los homosexuales entre su *querer ser* y su *deber ser*, hasta el punto en que muchas veces se ven obligadas a *estar siendo* una caricatura de sí mismas.

Ontología constitutiva

Maturana (1997: 34) sostiene que “*si queremos entender el fenómeno del conocimiento, si queremos entender el sistema nervioso, si*

queremos entender lo que pasa en la convivencia, tenemos que hacernos cargo de este curioso fenómeno: los seres humanos y los seres vivos en general, no podemos distinguir en la experiencia entre lo que llamamos ilusión y percepción como afirmaciones cognitivas sobre la realidad”.

La identidad es ilusión, pues si comprendemos que la realidad se construye desde una ontología y sabemos que ésta no necesariamente tiene que ser objetiva, sino que es constitutiva, entonces comprenderemos que el criterio de validez de la realidad del otro o la otra se da a partir de la efectividad que pueda tener para el o la observadora, y de las condiciones en que dicho observador ve o escucha. A continuación, se profundizará sobre los aportes de esta nueva propuesta ontológica que se sustenta en diversos autores, fundamentalmente en Nietzsche y Graves (filósofos), Echeverría, (sociólogo) y Maturana. (biólogo).

Desde la ontología constitutiva, que entiende al lenguaje como generador de mundos, se concibe: a los seres humanos como seres lingüísticos; al lenguaje como generativo y a los seres humanos como creadores de sí mismos en el lenguaje y a través de él.

Explicar es proponer una reformulación de la experiencia en una forma que resulta aceptable para quien observa. Ninguna proposición explicativa es una explicación en sí, dado que ésta se constituye en dos dominios. El primero, la aceptación que hace el o la observadora, es decir, que una explicación es válida porque satisface el criterio de validación que constituye a su experiencia en el dominio explicativo de la misma. El segundo, la aceptación que la persona observada hace de la explicación. Cuando las explicaciones del observa-

do y el observador coinciden, se presenta un acuerdo y se actúa en función de esa nueva realidad. Por ejemplo, alguien que nació hombre se asume mujer y heterosexual (cuando tiene relaciones genitales con hombres). Quien observa sólo puede asumir que la persona en mención es heterosexual si acepta que la persona observada, que es una travesti, es una mujer.

Una persona se relaciona con muchas más y cada una de ellas tiene sus propios dominios explicativos; pudiera afirmarse entonces que sobre una persona o un hecho hay tantos dominios explicativos como personas pretenden explicarla; por tanto, quienes interactúan son generadores de múltiples realidades que se pueden considerar legítimas y necesariamente diferentes por ser particulares. Por ejemplo, muchas personas tienen explicaciones sobre alguien, basadas en su experiencia sobre esa persona y dicha construcción es la realidad para quienes la hacen.

Las identidades sociales de alguien se posibilitan en la construcción de acuerdos o, más concretamente, en la posibilidad de aceptar diferentes realidades y validar distintas explicaciones con respecto a dicha persona. Por ejemplo, para las travestis el cambio físico es de gran importancia en la reafirmación de su identidad, como la aceptación de la madre para algunos homosexuales. A pesar de la controversia familiar o del rompimiento emocional y espacial que se genera, las travestis continúan incrementando los cambios en su morfología corporal o en sus relaciones con los demás, ya que desde los dominios explicativos de los padres y familiares las reafirman en su identidad.

Marta Lamas (1995), afirma que el vínculo entre cuerpo e identidad es evidente. En Colombia es legal que una

persona pueda cambiarse de nombre, pero esta aceptación nominal no implica el cambio de sexo que figura en el documento de identidad. Sólo es posible el cambio de sexo en el documento si la persona cambia quirúrgicamente su morfología genital, lo que se evidencia con un informe medico-legal. Lo anterior se justifica porque en el documento de identidad se alimentan cambios en los dominios explicativos de los legisladores. No obstante, cuando el dominio explicativo del funcionario ve en la apariencia física de la travesti a una mujer, no tiene ningún reparo en “corregir el error” que él observa en el documento de identidad, aunque el cambio no cuente con el sustento medico-legal necesario. Por ejemplo, algunas de las travestis se han casado en ritos católicos dado que desde sus dominios explicativos los sacerdotes no logran apreciar la diferencia.

El enfoque sistémico entiende al ser humano y a la sociedad como sistemas, y a las identidades como emergencias sistémicas. Dadas las propiedades de los sistemas vivos (Velandia, 2003) se puede concluir que los enfoques contextual y situacional son complementarios, interrelacionados, interafectados e interdependientes, pero además, que en la construcción de la identidad el encuentro consigo mismo juega un papel fundamental, pues desde éste se construyen las representaciones y se valida el contexto.

En lo pertinente a la sexualidad ¿Cuántas identidades existen?

Las orientaciones sexuales aceptadas por la comunidad científica internacional son las homosexuales, las lésbicas, las heterosexuales y las bisexuales. Estas orientaciones sexuales se construyen en la persona y en la sociedad desde un

triple proceso: contextual, situacional y en relación con sigo misma. Toda orientación sexual conlleva una identidad.

Lamas (1995) plantea que tan sólo existen dos identidades: la de género y la sexual. Para ella, la identidad sexual es el posicionamiento del deseo hacia uno u otro sexo y determina la orientación sexual. Para otros autores el posicionamiento del deseo es uno de los elementos que define la orientación sexual; según Velandia (1999), al definir la orientación sexual deberían posicionarse también el erotismo, la genitalidad, la afectividad y a la conciencia de estos cuatro elementos.

En las prácticas eróticas contempladas como posibilidades de obtener placer, existe una amplia gama de probabilidades. Para referenciarlas, empleo el concepto de “Expresión Comportamental Sexual” (ECS) porque no posee la carga estigmatizante de conceptos previamente utilizados en la terminología sexológica tales como aberraciones o parafilias.

Una de las ECS es el ser travesti. En consecuencia, ser travesti y ser homosexual no necesariamente son dos identidades que van juntas. No todos los travestis son homosexuales, sin embargo, en la investigación realizada con esta población se ha podido determinar que la gran mayoría de las que participan de los grupos de discusión se identifican con homosexuales.

En estas narrativas identitarias, se evidencia la gran variedad que existe al interior de las MS en cuanto a identidades de género y orientación sexual, por lo que no puede hablarse de homosexualidad sino de los homosexualidades, heterosexualidades y lesbianidades. Además, está claro que existe

una identidad de cuerpo y que no necesariamente determina la identidad de género. Esta idea da a entender que la identidad de género no es dicotómica (masculina o femenina), como también, que cuerpo y género no necesariamente coinciden, por el contrario, la identidad transita, es móvil. De lo anterior se desprende el concepto de identidad transgénerica y la existencia de identidades que contienen lo masculino y lo femenino como en el caso de la identidad de género andrógina.

En resumen, las identidades sexuales pueden ser de género, de cuerpo, de sexo, de orientación sexual y de ECS. En el caso de las travestis se suma la identidad de vestido y en las que son prostitutas, su identidad como trabajadoras. Como afirma Peter Wade (2002: 261), *“las identidades pueden entrar en conflicto [y como lo vimos en los últimos ejemplos] cobran su significado a partir de diversas redes y de su interacción, y los valores que se le atribuyen a una identidad determinada, inciden en la manera como se reclama o se configura dicha identidad”*.

Las MS suelen verse obligadas a definirse a partir de sus dominios explicativos y de la presión externa ejercida por personas tales como representantes de la autoridad, las organizaciones que con ellas/ellos trabajan y demás miembros de la comunidad. Por ejemplo, suele preguntárseles cuál es su orientación sexual, desde cuándo son travestis, si tienen implantes o se han aplicado hormonas.

En estas redes de intercambio, determinados valores movilizan la construcción de la identidad. Para las travestis, uno de esos “valores”, probablemente el más definitorio, es el concepto, la expresión y la emoción que genera la *belleza*. Para las travestis “se es más mujer en cuanto se es más bella”

y la belleza es eminentemente física y externa, lo que importa es la apariencia. En tal sentido, “se es aun cuando no se tenga” siempre y cuando “así se vea”.

El reconocimiento social de las MS se manifiesta como agresión, exclusión y separación social o familiar, y en formas de reconocimiento que incrementan, a su vez, su propio auto-reconocimiento. Este reconcer-se se hace a través de los relatos que cada observador construye sobre ellas. Cuando se asemejan a los relatos que las travestis tienen de sí mismas, y sobre la corporeidad que pretenden imitar, adquieren para ellas validez social.

Como lo afirma Wade (2002), la psique de la persona se forma por medio de las identificaciones asumidas desde la infancia, pero, también se establece corporalmente, y el cuerpo se construye en el proceso de formación social. Tal y como se aprecia en el cuerpo de muchas personas, en las MS, los cambios corporales son un signo de la construcción de su identidad y a su vez se convierten en espacios donde se consolida la estigmatización, la vulneración y la exclusión.

Identidad de cuerpo

Se podría hablar de identidad de cuerpo entendiéndola no como un rol de género, sino como una imagen corporal que se busca en relación consigo misma, con el entorno y con los y las otras. Las travestis tendrían, en este caso, una identidad de cuerpo correspondiente a lo femenino y su rol de género coincidiría con lo que buscan, pero su identidad de sexo no siempre concuerda con el cuerpo ni con el género.

Para los heterosexuales, los integrantes de las MS son desconocidos como personas y como sujetos de acciones sociales informativas y preventivas. Es común que las personas que trabajan con las MS, desde las organizaciones de la sociedad civil, pasando por el Estado, la empresa privada y la academia, desconozcan cómo éstas construyen su identidad; en consecuencia, tratan a las MS con prejuicios e intolerancia y no desde el respeto que se genera en el re-conocimiento y la aceptación de la diversidad y la particularidad.

La comprensión de la construcción de las identidades sexuales es una manera de aproximarnos al mundo en donde las diversidades, en razón de las unicidades, deben ser reconocidas, valoradas y respetadas como experiencia válida para reconocer a las personas sujetas de derecho como conciudadanas y conciudadanos.

Bibliografía

Ager, Michel. 2000. La antropología de las identidades en las tensiones contemporáneas, en *Revista Colombiana de Antropología* 36: 6-19.

Diccionario Ideológico de la lengua española VOX. 1998 [1996]. Barcelona: Bibliograf S. A.

Thiers, G. y A. Lemperur. 1975. Diccionario general de ciencias humanas. Madrid: Cátedra.

Lamas Marta. 1995. "Cuerpo e identidad", en *Genero e Identidad ensayos sobre lo femenino y lo masculino*. Arango, L., M. León y M. Viveros (comp.). Pp. 62-79. Bogotá: Tercer Mundo Editores, Ediciones Uniandes, U. N. Facultad de Ciencias Humanas.

Lamas Marta. 1996 [1995]. Explicar la homofobia, en *Letra S*, (2), septiembre de 1996.

Maturana, H. 1997. *Emociones y lenguaje en educación y política*. Bogotá: Dolmen.

Prigogyne, I. 1996. *El tiempo y el devenir*. Barcelona: Gedisa.

Riera, E. del C. 2001. *La complejidad: Consideraciones epistemológicas y filosóficas*. Santiago del Estero: Universidad Nacional de Santiago del Estero.

Velandia Mora, Manuel Antonio. 2004. *Caracterización de travestis laborando como trabajadoras sexuales en la localidad de los Mártires, barrio Santafé en Bogotá, Colombia*. Bogotá: Fundación Apoyémonos/Proyecto Equiláteros, Fundación Procrear, Cotransgénero y Liga Colombiana de Lucha Contra el sida, UNESCO, Caritas Internacional.

Velandia Mora, Manuel Antonio. 2003. *Estrategias para la Formación en la Convivencia Democrática*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.

Velandia Mora, Manuel Antonio. 1999. "Proceso de construcción del "querer ser" o proceso de la identificación, en *Y si el cuerpo grita... (Dejémonos de maricadas)*. Bogotá: Editorial Equiláteros.

Wade, Peter. 2002. "Identidad", en *Palabras para desarmar*. Serge, M., M. Suárez y R. Pineda (ed.). Pp. 255-264. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia. Bogotá.

Páginas en internet

<<<http://www.manuelvelandia.com/Comunicacion/laepistemologiaholistasistemica.htm>>>

